

no se ignora, padecen enfermedades de muy mal carácter que con muchísima facilidad transmiten al hombre. Ningun labrador eciste que desconozca los funestísimos resultados del autrax maligno, (*mal-grá*) enfermedad horrible, cuya mortífera ponzoña de un instante á otro quita la vida á un padre, sosten y apoyo de numerosa familia, ó á un hijo alegría y esperanza de sus ancianos padres. El autrax maligno es contraído casi siempre por contagio, por esto no se observa en otras personas que en aquellas, que en razon de su oficio deben por precision manosear animales ó sus despojos, como son los carniceros, zurradores, limpiadores de lana, traficantes en pieles, mariscales, labradores, y entre estos, los que cuidan del ganado. Se ve, aunque es muy raro, cebarse el autrax maligno en personas de diferentes oficios de los mentados, y causarles iguales estragos; pero si se indagaban minuciosamente las causas, tal vez se diera en el blanco de tal irregularidad.

Algunos autores son de sentir que el carbúnculo ó el autrax maligno podia inocularse por medio de una mosca ú otro insecto que hubiese poco antes chupado el humor carbunculooso de un animal que padeciera ó hubiera muerto de la enfermedad. Y en efecto, se presentan casos en la práctica que casi no permiten dudarlo.

Entre otros, permítaseme referir uno acaecido poco tiempo hace y en parage muy fácil de averiguar. En el mes de julio del año prócsimo pasado me dirigí de este pueblo á la villa de Figueras y deteniéndome como acostumbraba para descansar un ratito en la casa del semulero Marturian Espi (a) *Xarnagut*, hallele sentado en una silla llorando amargamente. Preguntado por la causa de aquel llanto, díjome que su esposa estaba muriéndose de un *mal grá*: rogando al mismo tiempo tuviese la bondad de subir á verla; porque estaba cierto le daría un gran consuelo. Así lo hice, y en realidad nada habia ecsagerado el infeliz, pues su pobre muger presa de un autrax maligno en el carrillo derecho presentaba el aspecto mas horroroso que puede verse, estendido ya el mortífero veneno por todo el cuello y una parte considerable del pecho. Así que oyó mi voz, exclamó con dolorido acento: Ya lo ve V. Sr. Dr. me muero sin remedio; he recibido todos los sacramentos. Animé como mejor supe á aquella desgraciada que pocos recursos prometia; pero gracias á los desvelos del distinguido práctico Dr. Antonio Lloent logró salir de tan apurado trance, mas no sin dejar el mal indestructibles señales de su atroz indole. A fin de poder indagar la causa, hice al marido varias preguntas, entre otras si comia mucha carne